

DE REPENTE, TODO ERA UN BULO

Tú... que me diluyes la arena de mis ojos
cuando el cielo se resiste a despejarse,
goteando agua fresca para mis adentros,
y agitando el corazón en un frasco de pastillas.

Eres tú... que luego vienes a decirme mil oídos
a la cara, esponjándose los sueños de domingo roto
por la tarde, cuando se desdoblaba el silencio
en pedacitos blancos y ligeros
y el rostro es horneado por el viento de los días.

Sigues siendo tú... que en un rato
se te van los cuentos calle abajo
a multiplicar los relojes con las horas de la siesta
obligatoria. Aquellos espíritus de las comidas
con alguna serie de entretenimiento, mientras la balanza
se inclinaba del otro lado sin saberlo.

Y has estado tú... todos estos años
para despedir a los difuntos,
que se sentaban a mostrar los males
sufridos, y a rogarle citas imposibles a la vida,
harta de ser arrinconada
—y que se fue precisamente en un momento—.

De repente, ya no fuiste niña entusiasmada
sino vieja que se lame las heridas,
cansada de impresionar con tonterías, la ilusión
de ese olvido fronterizo, que nunca abandonamos
del todo, cuando crecer a solas se torna imposible.

Maika Mora